

LOS RITOS DEL OBSESO

PESADILLA Y NAUFRAGIO

Por Perla Schwartz

Con Efraín Huerta y Jaime Sabines, la poesía mexicana del siglo XX adquirió un tono coloquial definitivo en algunos de sus poetas. Las grandes pasiones humanas, las vivencias y reflexiones de todo poeta ya no necesitaron ser expresadas a través de un lenguaje intelectual, inteligible en algunos casos y en otras ocasiones sumamente hermético, dirigido nadamás a un lector especializado en los artificios del lenguaje.

En este sentido se ubica la poesía del chihuahuense Gaspar Aguilera Díaz; el habla coloquial, cotidiana, el habla de todos los días es la que toma por asalto su poesía; en ningún momento se palpa oscurantismo o dificultad para entender aquello que busca comunicar.

Cada vez más claro, si tomamos como antecedente sus dos libros anteriores: *Pirénico* y *Zona de derrumbes*. Una vez más se reitera en esta línea y esta vez de manera definitiva en *Los ritos del obseso*.

Obsesionado del amor, la soledad, el devenir del tiempo, los deseos insatisfechos y los sueños. Obseso por vivir a plenitud y ser cada momento artífice de su existencia a través del amor, no obstante la opción continua de sumergirse en el desencanto: "siempre nos engañamos mutuamente / pero volvíamos a la cita obsesiva / ovejas descarriadas regresando al redil incontenibles."

Gaspar Aguilera Díaz se deja llevar por el sentimiento, es visceral, pero no por ello descuida el aspecto formal de sus poemas que vibran por la música interna que contienen, entre más breves, más intensa; además su poética se encuentra teñida por un profundo dolor y una gran melancolía. El epígrafe inicial de Pier Paolo Passolini nos lo confirma: "Amo este mundo que detesto. . ."

Vivir a través de la contradicción y la ambivalencia, los encuentros y los desencuentros. Así nos lo deja sentir su escritura. Siete partes conforman *Los ritos del obseso* que ameritan ser analizadas brevemente cada una de ellas, como piezas de un idéntico rompecabezas conformado a través de obsesiones lingüísticas y de contenido.

La primera parte intitula al conjunto. El

poeta reconoce que no se puede culpar a nadie del propio derrumbe, ni del terrible vacío de soledad que muchas ocasiones se experimenta. En el aislamiento, los sentidos y los actos cotidianos se agudizan: "el soltero lava su ropa íntima en el lavabo / —como un triste apóstol en el agua del Jordán— / nadie lo ve."

"Desde un claro rincón del desastre" nos presenta poemas intensos, sellados por una especie de calor vuelto frío. Los amantes que se acercan y se alejan, un amor obsesivo, doloroso "que nos muerde el cráneo desde abajo", los amantes que al entrecruzarse suelen ser "dos pájaros salvajes que coinciden un instante".

La huella de Eduardo Lizalde vibra en "¿Quién caza a quién?" El resabio y la amargura por un deseo sexual satisfecho mínimamente con toda la violencia que conlleva, mismo que inclina al poeta a realizar un "Retrato hablado" de su amada, breves versos que la van trazando. Tal vez hicieran falta más metáforas, excepción del último poema que se genera a base de interrogantes, uno de los más líricos de todo el libro: "¿qué sería del mar sin tu presencia? / ¿necesidad de barcos? / ¿pretexto del suicida? / ¿realidad de gaviotas? / ¿metáfora del sueño? / ¿pesadilla del naufragio?"

"Summertime" tiene ecos de Oliverio Girondo y Roque Dalton, al tiempo que nos muestra las posibilidades expresivas de Aguilera Díaz para ampliarse en el poema y deambular por él a sus anchas. El poeta en el más insignificante detalle encuentra que "el dolor su duele de tanto amar doliendo."

Continúa con "Los amantes I y II", un canto elegíaco para aquellos que si bien aman, son capaces de desbordar su sentimiento en los escenarios más sórdidos, los suburbios más miserables o las escaleras más incómodas, cuya consigna central es la apabullante soledad y el constante desencuentro.

Los ritos del obseso cierra con poemas autobiográficos reunidos en "Un coup de dés", donde el poeta asume que la perfección resulta permisible aunque sea en los sueños, porque la realidad nos muestra todo de distinta manera: "vamos a creer que todo está perfecto no hay zozobra / que vivimos en el país que nos merece y merecemos / que habrá que agradecer a Dios el nuevo día / que la maldad y el odio están muy lejos / que somos lo que quisimos ser desde un principio." ♦

Gaspar Aguilera Díaz, *Los ritos del obseso*, Editorial Premia, "El pez soluble", México, 1987, 92 pp.

TEORÍA SOCIAL DEL ARTE

AQUEL NUEVO CONTINENTE

Por Françoise Perus

En la investigación y más aún en la docencia, con demasiada frecuencia nos enfrentamos con la falta de información sistematizada, no sólo acerca de los distintos campos que requieren de nuestra atención, sino también y más que nada respecto de la situación actual de la disciplina de que se trate: ¿Cuáles son —y han sido— las distintas formas de concebir su propio objeto de estudio? Y, ¿cuáles también las aportaciones concretas de las distintas tendencias conceptuales que configuran la disciplina al conocimiento de tal o cual ámbito de lo real? ¿De qué manera se plantea actualmente el debate entre estas diferentes corrientes conceptuales, cuáles son los "lugares" en conflicto y las distintas maneras de conceptualizarlos y, sobre todo, qué nuevos horizontes abren (o cierran) unas y otras a nuestro entendimiento de fenómenos presentes y pasados?

Esta falta de sistematización de los conocimientos teóricos y concretos, más o menos generalizada en el ámbito de las ciencias humanas y sociales, tiende a agudizarse tratándose de disciplinas que, como la teoría social del arte, surgen en las fronteras entre varias disciplinas o tradiciones conceptuales más o menos constituidas e institucionalizadas. Fenómeno que, por cierto, no ha de desconcertarnos ni amedrentarnos: el avizorar la posible existencia de nuevos "continentes" (conceptuales o concretos) y el despertar de renovados esfuerzos por descubrir, explorar y, si hace falta, conquistar (colonizar es otra cosa) nuevos territorios no hace sino poner de manifiesto lo reducido y deformado de nuestros mapas, el paulatino agotamiento de las rutas establecidas y, tal vez, lo arbitrario de fronteras territoriales custodiadas con demasiado celo. Después de todo, y sea por error o acierto de Colón, no de otra manera ha sido llevada la humanidad a admitir que la Tierra no es plana sino redonda (y por consiguiente, sin centro geográfico en Europa) e incluso, gracias a Galileo y a pesar de la Inquisición, que también se mueve.